



IV

En el Cáucaso

UNIFORMES son el carácter y la población de la comarca del Terek en que se hallan las *stanitzas* de Grebensk, de una extensión de unas ochenta *verstas*. Con sus aguas turbias deslízase rápidamente el Terek, que separa á los cosacos de los montañeses ó pobladores indígenas; pero su cauce es ancho en aquel lugar y fluye tranquilo por él. Su corriente va amontonando sin cesar la arena gris en su margen derecha, baja y poblada de cañaverales, al tiempo que va socavando su escarpada orilla izquierda, no muy alta, en la que se ven raíces de encinas seculares, plátanos que comienzan á pudrirse y arbustos jóvenes. En la orilla derecha se hallan los pueblos pacificados, bien que todavía un si es no es turbulentos, y en la orilla izquierda, á cosa de media *versta* del río, ocupando una extensión de ocho *verstas*, aparecen las *stanitzas*. La mayoría de éstas se hallaban antiguamente en la propia ribera, pero ahora el Terek las va corriendo, porque se desvía todos los años hacia el norte de las montañas. Ahora no se ven allí más que ruínas cubiertas de plantas, huertos abandonados con perales y tilos, entrelazados con zarzamoras y vides selváticas.

Ya nadie mora allí. Por la arena sólo se encuentra el rastro de ciervos, lobos, liebres y faisanes, que gustan de esos parajes. Por el bosque échase de ver el trazado de una carretera que conduce

de una á otra *stanitza*, viniendo á tener la longitud de un tiro de cañón. A su largo se extiende el cordón militar de los cosacos. Y en los puntos de observación, de trecho en trecho, véanse centinelas. La propiedad territorial de los cosacos consiste en una estrecha faja de tierra, forestal y fértil, de unas trescientas *sagenas* (1) de anchura. Al norte comienzan las tierras arenosas de las estepas de los Nogai ó de Mozdoksk, que suben y van á perderse, Dios sabe dónde, hasta las estepas de Trukhmen, de Astrakhán y Kirgiz-Kaisatzk; al sud de Terek, se encuentra la gran Thetchnia, la cordillera Kotchkalosovski, las Montañas Negras, que forman otra sierra y, más á lo lejos, las montañas de nieve, que sólo se alcanzan á ver en el horizonte, pero en las que nadie ha estado. En esa faja de tierra fértil y de espléndida vegetación, habita, desde tiempo inmemorial, ese pueblo ruso, guerrero, hermoso, creyente y rico que se apellida Cosacos de Grebensk. Los antepasados de estos creyentes de viejo fuste emigraron siglos atrás de Rusia y se instalaron entre los thetchenzes, al pie de Greben, primera cordillera forestal de la gran Thetchnia. Los cosacos, como vivían en contacto con los thetchenzes, acabaron por aliarse con ellos y adoptaron sus usos y costumbres. Ello no fué óbice para que mantuvieran la lengua rusa y la religión de sus mayores en su antigua pureza. Según una tradición, muy admitida por los cosacos, el Zar Ivan el Terrible, llegó un día al Terek y mandó comparecer ante él á los cosacos más ancianos de Greben; hizoles merced de las tierras que hay en la otra orilla del río y les comprometió á vivir en buena armonía con sus vecinos, en pago de lo cual les eximía de prestar juramento y les dejaba libres en su religión cismática. De ahí que los cosacos se precien ahora de parientes de los thetchenzes y se caractericen por su amor á la libertad, á la holganza, á la rapiña y á la guerra.

El poder de Rusia sólo se deja sentir en cierta presión que se les hace para las elecciones, en la supresión de campanas en sus capillas y en las tropas que se acantonan en sus *stanitzas* al cruzar el territorio. El cosaco no odia tanto al indígena montañés que mata á su hermano como al soldado que aloja en su casa para defender su *stanitza*, pues dice que le envenena la atmósfera de la cabaña con el tabaco que fuma (2). Respeto al enemigo montañés y desprecia al soldado, á quien mira como un intruso y un opresor. El verdadero mujik ruso es, para los cosacos, un ente extraño,

(1) Cada *sagena* equivale á 2 m. 154.

(2) Fumar tabaco es, para los cismáticos, un pecado capital.

salvaje y grosero. Lo juzgan en la persona de los buhoneros y emigrantes de Rusia Menor, á quienes los cosacos dan el nombre despectivo de *chapoval*. La suprema elegancia del cosaco estriba en imitar el traje del tcherkesse. Como las mejores armas se encuentran entre los montañeses, procuran tomárselas, á la vez que les roban sus caballos más hermosos. Todo buen cosaco se precia de poseer el *tártaro* (1) y, de hallarse un poco alegre, lo habla entre los suyos. No obstante, aquella reducida población cristiana, se las da de instruída y no considera como hombres más que á los cosacos, mirando con desdén á los que no lo son, y eso que se halla como arrojada en un rincón de la tierra, rodeada de soldados y de musulmanes semi-salvajes. El cosaco se pasa la vida en el cordón ó en expediciones militares, en la pesca ó en la caza. No trabaja nunca en el hogar doméstico. Su estancia en la *stanitza* es por excepción ó por correr alguna francachela. Los cosacos tienen todos vino propio, y la embriaguez, más que un vicio, es una costumbre entre ellos, pues considerarían al abstinentes como un apóstata. La mujer, para el cosaco, es fuente de bienestar y sólo permite que se divierta y viva ociosa á la joven soltera; pero obliga á la casada á trabajar toda la vida por él, hasta su vejez, tratándola á la manera oriental, por la sumisión y el trabajo. De ahí que la mujer se desarrolle notablemente, así en lo físico como en lo moral. Su autoridad en la familia, á pesar de su aparente obediencia, suele ser en Oriente mucho mayor que en Occidente. El ascendiente y fuerza que tiene en la familia, lo debe á su aportamiento, á la vida social y á la costumbre de rudos trabajos masculinos. Los cosacos, cuando se hallan á solas con ellas, se percatan de su supremacía y eso que juzgan bochornoso hablarles con ternura ó siquiera familiarmente ante extraños. Ella es quien adquiere casa, bienes y enseres, que mantiene, además, en buen estado de conservación con sus faenas y sus cuidados. Aun cuando se halle firmemente persuadido de lo humillante que es el trabajo para un cosaco, no correspondiendo el mismo sino al obrero nogai ó á la mujer, se da cuenta, sólo que vagamente, de que de la labor de ésta procede todo lo que le es provechoso á él y que llama «lo suyo»; por lo que la mujer, madre ó esposa, á la que considera como una criada, tiene poder para privarle de todo cuanto goza. Además, con la labor constante, pesada, masculina y los cuidados á ello inherentes, la mujer de Greben se forma un carácter especial, independiente y viril, desarrollando á la vez sus fuerzas fisi-

(1) El *tártaro* es el idioma nacional de los tcherkesses y de los thetchenzenes.

cas, su buen sentido, la destreza y la firmeza. Las mujeres de allí son, en su mayoría, más hermosas, fuertes, inteligentes y desarrolladas que los cosacos.

La mujer de Greben es de una hermosura por demás sorprendente: ofrece la mezcla del tipo más puro del semblante circasiano con la ancha y poderosa corpulencia de la mujer del Norte. Las mujeres cosacas llevan traje tcherkesse, que consiste en la camisa *tártara*, el justillo bordado y las botas circasianas, poniéndose el pañuelo á la manera rusa. Tienen por costumbre la elegancia, y el aseo, la gracia en el vestir y la exquisita limpieza de la cabaña, son para ellas una costumbre y una necesidad de su vida. Las mujeres, y en particular las jóvenes solteras, disfrutan de una libertad completa en su trato con los hombres. La *stanitza* de Novomlinskaia era considerada como el centro de las poblaciones de los cosacos de Greben, cuyos antiguos usos se conservaban allí mejor que en cualquier otra *stanitza*. Además, las mujeres de allí eran reputadas por su belleza en todo el Cáucaso. Como medios de subsistencia, los cosacos tienen verjeles, huertas, viñedos, plantaciones de melones, de calabazas, de mijo y de maíz, amén de la pesca, la caza y los tributos militares.

La *stanitza* de Novomlinskaia se halla separada del Terek por un espeso bosque de tres verstas de longitud. A un lado del camino que cruza la *stanitza* se encuentra el río; del otro, véanse verdes viñedos, jardines frutales y, en lontananza, los bancos de arena de la estepa en que viven los nogais. La *stanitza* se halla circuida por una zanja y espinosos matorrales. Se entra y se sale de aquel recinto por una puerta alta y coronada con un techadito de juncos; junto á ella y sobre un montecillo se levanta un cañón antiguo, ya oxidado, que capturaron en otro tiempo los cosacos, sin que, en un siglo, haya disparado un cañonazo. A veces monta ó no monta allí la guardia á su voluntad un cosaco, de uniforme, armado con un sable y un fusil; y en ocasiones tributa ó no los honores militares á los oficiales que pasan, según se le antoja. Debajo del techo y fijo sobre la puerta hay un rótulo pequeño y blanco que lleva escrito en tinta negra: «266 casas, 877 hombres y 1.012 mujeres». Las casas de los cosacos se hallan asentadas sobre pies derechos, á una *archina* (1) de altura y á veces más; cubren cuidadosamente con juncos sus techos elevados. Si no todas aparecen nuevas, resultan de buena construcción, con graderías altas y estrechas, de forma diversa; no se hallan juntas las unas á las

(1) La *archina* equivale á 0 m. 71.

otras, sino agrupadas con amplitud y de modo pintoresco, formando calles y callejones. En muchas casas, detrás de la huerta y delante de las ventanas, claras y espaciosas, yérguese una joven acacia, de mayor altura que la cabaña, con su follaje límpido, con sus flores blancas y aromáticas, mientras que á su lado, los girasoles ostentan sus pétalos amarillos y trepan en derredor pámpanos silvestres y enredaderas. En la plaza pública hay tres pequeñas tiendas donde se venden telas de algodón, pepitas de tornasol, pan de higos y pasteles. Detrás de un alto paredón, colúmbrase una casa más capaz y mayor que las otras, con ventanas que se abren de par en par; es la del jefe del regimiento. Durante los días de la semana, con especialidad en verano, vése poca gente por las calles de la *stanitza*. Los cosacos prestan su servicio en el cordón ó en alguna expedición militar; los viejos se van de caza ó de pesca, si no ayudan á las mujeres á trabajar en los huertos y jardines. Y sólo permanecen en casa los muy ancianos, los niños y los impedidos.



V

La madre de Marianka

HACÍA una tarde de esas que sólo se ven en el Cáucaso. Bien que el sol fuera escondiéndose detrás de los montes, había gran claridad y abarcaba ésta la tercera parte del cielo, en tanto la blancura mate de las montañas gigantescas prevalecía en la luz roja. El aire era vivo, fresco y sonoro. De los montes caía una ancha sombra, de algunas *verstas* de longitud, y se extendía por la estepa, en la cual, detrás del río, aparecían desiertos los senderos, pues rara vez veíanse pasar por allí hombres á caballo. Cuando esto sucedía, los cosacos del cordón y los thetchenzes los miraban con sorpresa, tratando de adivinar quiénes serían esas malas gentes. Al caer de la tarde, el miedo sobrecogía á los hombres y les obligaba á recogerse en sus casas, por manera que sólo los animales y las aves, como no temían al hombre, vagaban libremente por el desierto. Las mujeres de los cosacos, departiendo alegremente, dábanse prisa en regresar de los jardines á su casa, después de sujetar los cañizos. Los jardines, al igual de los alrededores, quedan despoblados. Las jóvenes solteras, con sus camisas abullonadas y con largas ramas en las manos, corren charlando regocijadamente á las puertas cocheras, á la vera del ganado, que se detiene en medio de una nube de polvo y de mosquitos arrastrados desde la estepa. Por las calles se dispersan las vacas

gordas y las búfalas, en tanto circulan por entre ellas las mujeres cosacas, con sus corpiños abigarrados. Oyense sus animadas chácharas, sus risas joviales y sus agudos clamores, que el berrear del ganado interrumpe. Allá vese á un cosaco á caballo y armado que, habiendo obtenido una licencia del cordón, se llega á su cabaña, se inclina á la ventana y da algunos golpes. No tarda en aparecer la testa linda de una mujer joven, que dice palabras risueñas y cariñosas. Más allá colúmbrase á un trabajador nogai, andrajoso y de pómulos salientes, el cual acaba de traer cañas de la estepa y hace andar su carro, que chirría en el corral aseado y anchuroso de la casa del capitán, luego desengancha los bueyes, que menean la cabeza, y cambia algunas palabras tártaras con el amo. Cerca de la balsa que ocupa casi toda la calle y por delante de la cual pasan los hombres desde hace ya muchos años, una mujer joven, con los pies descalzos, con un haz de leña en el hombro y la falda arremangada más arriba de la pierna blanca, trepa con pena por detrás de los cercados, mientras la contempla y en son de broma le dice un cazador cosaco que pasa por allí: «Levántala un poco más, descocada!» La mujer baja sus faldas y deja caer la leña. Un viejo cosaco, con los pantalones levantados, con el pecho desnudo y gris, vuelve de la pesca y lleva en la espalda su red, en la que aun se agitan varios peces de lomo argénteo; y para llegar antes, trepa por la valla rota del vecino y tira de sus ropas, que se enganchan. Más allá, una mujer arrastra una rama seca y, en un rincón, óyense hachazos. Unos chiquillos lanzan sus pelotas por las calles, en todas las superficies planas, y gritan. Para no hacer rodeos, varias mujeres saltan por los vallados. Una humareda oliendo á *kiziak* (1) surge de todas las chimeneas. En los patios óyese el movimiento y la agitación predecesoras de la tranquilidad nocturna.

Ulitka, esposa del corneta cosaco, que es también maestro de escuela, hállase como las demás á la puerta del corral, donde aguarda el ganado que su hija Marianka hace entrar de la calle. No bien hubo abierto el cañizo, una búfala enorme tropezó, berreando, con el cañizo, hostigada por los mosquitos, dándose con la cola en los hijares; seguían detrás de ella las vacas hartas, cuyos grandes ojos parecían reconocer á la dueña.

Marianka, bella y graciosa, franqueó el ancho portal, volvió á cerrar el cañizo y, escapada, corrió á ordeñar el ganado en el

(1) Ladrillos de cieno seco, que hacen las veces de combustible en el Cáucaso.

corral. «Descálate, hija del diablo, que estás echando á perder los zapatos!», clamó la madre.

No la enojó á Marianka en modo alguno el epíteto de «hija del diablo», antes lo tomó como una demostración de afecto, y prosiguió su faena alegremente. Una pañoleta rodeaba el semblante de Marianka, que llevaba camisa de color de rosa y un corpiño verde. Desapareció debajo del tejadillo del corral, en pos de una búfala gor-

da, y oyóse, desde allí, hablar con dulzura al animal. «Estate quieta! Pues ya está listo, madrecita mía!» Y á poco madre é hija regresaban del establo á la *izbuchka* (1). Ambas llevaban, cada una de por sí, jarros de leche ordeñada del día. De la chimenea de barro de la cabaña no tardaba en levantarse la humareda del *kiziak* y la leche se convertía en cuajo, en tanto la chica atizaba el fuego y la vieja salía á la puerta. El crepúsculo cubre ya la *stanitza*. El aire se halla impregnado del olor

de las legumbres, del ganado y de la humareda del *kiziak*. Junto á las puertas y por todas las calles véense correr mujeres con trapos ardiendo en la mano. Por el corral no se oye más que el jadear y el masticar uniformes del ganado, mientras por calles y patios resuenan voces de mujeres y niños. Muy contados son los días laborables en que se escuche el gritar de un hombre ebrio.



(1) Los cosacos llaman *izbuchka* (diminutivo de *izba*) á la alhacena ó despensa baja y fría en que se coloca y conserva la leche. La *izbuchka* sirve á veces de comedor.

Una mujer de cierta edad, alta y robusta, acércase al corral de enfrente, donde se halla *babuka* (1) Ulitka, y pide á ésta que le dé fuego. Lleva un trapo en la mano.

—Conque, abuela, lo tiene ya usted todo listo?—le pregunta.

—Mi hija está preparando el fuego. Necesita usted de él?—contesta Ulitka, gozándose en poder ser útil.

Ambas mujeres penetran en la cabaña; y, como sus manos rústicas no están hechas al manejo de objetos chicos, levantan temblorosamente la tapa de la preciosa caja de cerillas, que tan raras son en el Cáucaso.

La robusta cosaca, que indudablemente fué allá con ánimo de charlar, se sienta en el banco.

—Conque tu marido está en la escuela?—pregunta.

—Sí, está siempre enseñando á los chicos, madre. Tiene intención de venir por las fiestas!—contestó la esposa del corneta.

—Es hombre sabio, cosa siempre útil.

—Sí, indudablemente, es útil.

—Mi Lukachka, en cambio, se halla siempre en el cordón, sin que le den licencia,—dijo la recién venida. Bien que la esposa del corneta no lo ignore, la otra no puede menos que hablarle de su Lukachka, que se halla desde hace poco en el servicio militar y que ella desearía casar con Marianka, la hija del corneta.

—Conque, sigue en el cordón?

—Sí, se queda en él, madre. No ha vuelto á venir desde las fiestas. Ultimamente le he mandado las camisas por mediación de Fomuchkin. Dice que los jefes están contentos de él. Háblase de que por allí persiguen á los *abreks* (2). Me ha asegurado que Lukachka está muy bueno y muy alegre.

—Pues alabado sea Dios!—manifestó la mujer del corneta.—Es un *Urván* acabado.

A Lukachka le habían dado el apodo de *Urván*, por su arrojo, pues arrebató al río, ó mejor, salvó (*urval*) á un niño cosaco; y, para ser agradable á la madre de Lukachka, la esposa del corneta le recordaba esto.

—Doy gracias á Dios, madre, por haberme dado un buen hijo, que es un excelente muchacho, en concepto de todos. Si logro que se case, moriré tranquila,—dijo la madre de Lukachka.

—Pues chicas no faltan en la *stanitza*!—contestó la ladina

(1) *Babuka*, que significa literalmente abuela, es un nombre que se aplica á toda mujer que haya tenido hijos.

(2) Nombre de los thetchenzes no sojuzgados que, con el propósito de saquear y robar, pasaban á la orilla rusa del Terek.

mujer del corneta, cerrando cuidadosamente, con sus dedos resquebrajados, la tapa de la caja de cerillas.

—Oh, muchas hay, muchas hay!—manifestó la madre de Lukachka, meneando la cabeza.—Pero Marianka es la mujer que habría que buscar entre un montón.

La esposa del corneta estaba al corriente de las intenciones de la madre de Lukachka y, aunque éste era de veras un buen cosaco, eludía esa conversación: primero, porque era esposa del maestro y muy rica, mientras que Lukachka era huérfano de un mero cosaco; segundo, porque no quería separarse tan pronto de su hija, pues así lo requerían de modo especial sus necesidades caseras.

—Bah! Cuando Marianka se haga vieja, será una chica como las demás,—declaró con aire de reserva y de modestia.

—Mandaré el casamentero, para después de la vendimia y vendremos á saludar la gracia de Dios y también á Hía Vasilievitch,—dijo la madre de Lukachka.

—Por qué á Hía?—preguntó con arrogancia Ulitka.—A mí es á quien hay que hablar. Tendremos tiempo para todo.

Ante la expresión severa de la mujer del corneta, la madre de Lukachka comprendió lo imprudente que sería proseguir. Encendió el trapo con la cerilla y, levantándose, dijo:

—No se te olvide, madre; recuerda tus palabras. Me voy. Tengo que encender fuego,—añadió.

Mientras cruzaba la calle y agitaba el trapo encendido en el extremo de su brazo tieso, encontróse con Marianka y ésta la saludó.

—Guapa chica y buena trabajadora,—pensó contemplando á la joven. Por qué esperar que envejezca! Es tiempo ya que se case con alguien de buena familia! Es tiempo ya que tome á Lukachka por marido!

Ulitka tenía también sus planes; permaneció sentada en el dintel de la puerta, cavilando, hasta que su hija la llamó.



VI

El joven Lukachka

LA población varonil de la *stanitza* se pasa la existencia en expediciones militares, en el cordón ó en los puestos de guardia, como dicen los cosacos. El propio Lukachka, el *Urván* de que hablaban las comadres de la *stanitza*, se hallaba de centinela en el punto de observación del cuartelillo de Mijné-Prototzk, situado á orillas del propio Terek. Apoyado en la barandilla del cuartelillo y guiñando el ojo, contemplaba y de vez en cuando hablaba á los cosacos, sus compañeros, que se hallaban lejos, al otro lado del Terek ó más abajo. El sol llegaba casi á tocar la cordillera de montañas cubiertas de nieve; veíase como ésta se destacaba por encima de las nubes rizadas, cuyas ondulaciones iban formando sombras por su falda cada vez más espesas. El aire tenía la transparencia de la tarde. De la selva agreste venía un poco de fresco; pero cerca del cuartelillo hacía aun calor. Las voces de los cosacos, cuando estos hablaban entre sí, retumbaban más sonoras que de costumbre. Toda la masa movediza del Terek, oscura y rápida, parecía separarse de las orillas inmóviles. El río comenzaba á decrecer y, de trecho en trecho, veíase la arena mojada, por las orillas y entorno de los bancos. Enfrente mismo del cordón, por la orilla opuesta, todo aparecía desierto, no viéndose sino innumerables cañas bajas, que se hallaban diseminadas hasta

las mismas montañas. Un tanto al sesgo, por la orilla baja, columbrábanse las casas de arcilla, con los techos llanos y las chimeneas en embudo de la aldea thetchenze. El cosaco apostado en el punto de observación seguía con mirada penetrante las figuras bulliciosas de las mujeres thetchenzes, con sus vestidos de verde y rojo, que se veían desde lejos, por entre la humareda vespertina del pacífico pueblecillo.

En el cordón no se tomaban precauciones excepcionales, á pesar de que los cosacos aguardaban de un momento á otro la presencia ó el ataque de los abreks, por el lado de los tártaros, especialmente en mayo, cuando es tanta la espesura del bosque circundante del Terek, que se hace difícil cruzarlo á pie, y cuando el río se halla también tan bajo, que no es posible pasarlo á nado; y eso que dos días antes se había, además, presentado un cosaco á caballo con un mensaje del jefe del regimiento, el cual anunciaba que, según informes de los espías, una partida de ocho hombres estaba por cruzar el Terek, por lo que había que redoblar la prudencia. Los cosacos, lo mismo que cuando se hallaban en la aldea, no habían ensillado sus caballos ni se hallaban armados, dándose á la pesca, á la caza ó á la bebida. Sólo se hallaba ensillado el caballo del cosaco de servicio, cual caballo pacía en las lindes del bosque, y sólo los centinelas se hallaban de uniforme, con la espada y el fusil. En el dintel de la cabaña se hallaba sentado el *uriadnik* (1), alto, delgado, de luengo busto, de piernas y brazos cortos, con la chaqueta desabrochada. Ofrecía la expresión de holgazanería de un jefe y cerraba con tedio los ojos, balanceando su cabeza de una mano á otra. Cerca del río se hallaba tendido un cosaco de cierta edad, con su barba poblada, negra y grisácea, con una mera camisa ajustada por una correa negra como el vestido, y contemplaba muellemente el Terek monótono, borboteante y turbio. Otros, abrumados por el calor y semi-desnudos, lavaban ropa blanca en el Terek; los había que tarareaban canciones, tendidos sobre la arena ardiente de la orilla.

Un cosaco, de semblante delgado y curtido, estaba á las claras ebrio como una uva y se hallaba tendido de espaldas, cerca de la pared de la cabaña, en la que dos horas antes hacía sombra y donde á la sazón caían los rayos oblicuos y todavía abrasadores del sol.

Lukachka, que se hallaba de vigía, era un mozo de veinte años, alto y guapo, muy parecido á su madre. Su semblante y toda su persona, á pesar del encogimiento de la juventud, denunciaban

1) *Uriadnik*, jefe del destacamento de cosacos, con grado de sargento.

mucha fuerza física y moral. Por la expresión tranquila de su rostro y su firme apostura, bien que recién entrado en el servicio, echábase en él de ver el aspecto marcial y un tanto altivo de los cosacos y de los hombres avezados á llevar armas, advirtiéndose asimismo que se daba cuenta de su valor. Sus holgadas ropas estaban andrajosas de tanto ir de acá para allá; llevaba el gorro echado hacia atrás, á la thetchenze, y las altas botas más abajo de las rodillas. Si sus prendas no eran ricas, le prestaban, sin embargo, la elegancia peculiar de los cosacos que imitan á los montañeses y á los thetchenzes. El verdadero indígena viste siempre con holgura, con descuido y hasta de modo andrajoso, ostentando sólo riqueza en las armas; pero aquellos trajes en girón y las armas se hallan dispuestas de tal modo que llaman al punto la atención, en el cosaco lo mismo que en el montañés. Lukachka tenía el aspecto ese.

Apoyándose de espaldas y guiñando los ojos, contemplaba fijamente el pueblucho lejano. Las facciones de su semblante, á observarse en detalle, no eran bellas; pero no podía menos que exclamarse: «Qué guapo mozo!» en viendo el conjunto de su cuerpo elegante, y su faz inteligente, con unas cejas muy negras.

—Cuántas mujeres, cuántas mujeres en el pueblo!—dijo con voz penetrante, sin dirigirse á nadie, mostrando perezosamente sus dientes blancos y brillantes.

Nazarka, que se hallaba abajo, levantó presuroso la cabeza y objetó:—A buen seguro que vienen por agua.

—Si las amedrantáramos con nuestros fusiles, qué bromazo!—dijo Lukachka riendo.—Cómo se alborotarían!

—Tu fusil no alcanzaría tan lejos.

—Aun creo que pasaría. Aguarda un poco, que ya llegará mi fiesta. Iré á tomar cerveza en casa de Guirei-Khan—prosiguió Lukachka, expulsando, airado, los mosquitos que le rodeaban.

Por el bosque oyóse un susurro que llamó la atención de los cosacos. Un extraño perro de caza, que husmeaba una huella y agitaba su cola sin pelo, corría hacia el cordón.

Lukachka reconoció al perro de su vecino, el tío Erochka, á quien vió, detrás de aquél, avanzando por el bosque.

El tío Erochka era un cosaco de alta estatura, con una barba poblada, toda blanca, con un pecho y unos hombros muy anchos, que le daban aspecto de hombre alto, en el bosque, donde no podía comparársele con nadie, dado lo proporcionados que eran sus miembros robustos. Iba vestido con un traje haraposo, arre-

mangado y calzaba *porchni* (1) de piel de ciervo, con cordeles por ligadura. Cubría su cabeza un gorro blanco, de pelo erizado. Llevaba á cuestras unos aparatos para la caza del faisán, un saco con un pollo y otro pájaro para cebar el buitre. En el hombro, sostenido por una correa, llevaba un gato montés que había matado. En la cintura, por detrás, llevaba un saco con balas, pólvora y pan, una cola de caballo para ahuyentar los mosquitos, un gran puñal con la vaina deteriorada y manchada de sangre seca, y dos faisanes muertos. Al hallarse frente el cordón, detúvose.

—Eh! Liam!—gritó al perro, con una tal voz de bajo, que su eco repercutió por el bosque, á lo lejos; después, colocando en el hombro el fusil con pistón que los cosacos llaman *flinta*, levantó un poco su gorro.

—Buenos días, buenas gentes! Hola!—dijo á los cosacos, con voz alegre y natural, pero tan fuerte, que parecía que interpelaba á alguien, al otro lado de la orilla.

—Buenos días, tío Erochka, buenos días!—contestaron jovialmente, de diversos puntos, las voces juveniles de los cosacos.

—Qué habéis visto? Decid!—exclamó Erochka enjugándose con la manga del vestido el sudor que corría por su largo y encarnado rostro.

—Mira que gabilán hay escondido en el árbol. Todas las tardes revolotea por aquí,—dijo Nazarka guiñando el ojo y moviendo convulsivamente la espalda y piernas.

—Ah! Picaronazo!—repuso el viejo con desconfianza.

—Es cierto, ponte en acecho!—añadió Nazarka sonriendo.

El cosaco se echó á reír.

El rapaz no había visto á gabilán alguno, pero de algún tiempo tenían la costumbre los jóvenes cosacos de zarandear y engañar á Erochka cuando iba á hacerles compañía en el cordón.

—Qué necio, no sirve más que para mentir!—dijo Lukachka desde su puesto dirigiéndose á Nazarka. Este calló.

—Hay que aguardar la bestia, yo velaré,—murmuró el viejo con gran alegría de los cosacos.—Y no habéis visto jabalíes?

—Eso no es tan fácil,—dijo el *uriadnik*, contento de la ocasión que para divertirse se le presentaba, mientras se volvía y frotaba su espalda con ambas manos.—Aquí hay que coger abreks y no jabalíes. Tu no has oído nada?—Agregó guiñando los ojos al tiempo mismo que enseñaba su dentadura blanca y fuerte.

(1) Los *porchni* son zapatos de piel en bruto que sólo pueden ponerse mojándolos.

—Los abreks? No, nada he oído—dijo el anciano.—Qué, no tienes vino? Dame de beber, buen hombre, que estoy muy cansado... Espera un poco y te traeré caza, te lo prometo. Dame de beber!—repitió.

—Pero, te quedas aquí?—preguntó el *uriadnik*, como si no hubiera entendido las palabras del viejo.

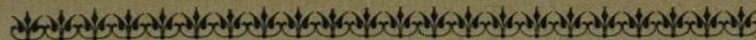
—Aquí pasaré la noche—contestó Erochka.—Para la fiesta espero que Dios me dará algo y te lo traeré, con seguridad.]

—Oye, oye!—gritó desde arriba Lukachka llamando la atención de los cosacos que se volvieron hacia él.—Ve allá, al torrente y encontrarás un magnífico rebaño. No es broma. Hace poco un cosaco ha muerto un jabalí,—añadió arreglándose el fusil á la espalda y con una voz tal que demostraba la veracidad de su aserto.

—Eh, Lukachka, Urván! Estás ahí?—dijo el viejo mirando arriba.—Dónde ha sido muerto?

—No me habías visto? Cierto que soy muy pequeño—dijo Lukachka.—Ha sido cerca de la zanja—y añadió muy serio y moviendo la cabeza.—Pasábamos por la zanja cuando oigo un ruido... pero mi fusil estaba enfundado. Ilaska tiró... Yo te enseñaré el sitio, no está lejos. Espera un poco; conozco bien el camino. Mocev!—gritó con aire decidido, casi imperioso, dirigiéndose al *uriadnik*—es hora del relevo.—Y cogiendo su fusil sin esperar otra orden abandonó el puesto de guardia.

—Baja—contestó el *uriadnik* después de lanzar una mirada investigadora entorno suyo. Te toca á tí, Gurka? Quitá!... Buena pieza está hecho tu Lukachka—añadió dirigiéndose al viejo;—como tú, no puede parar en casa. El otro día mató un jabalí.



VII

La guardia nocturna

HABIÁSE puesto el sol y las sombras nocturnas descendían con rapidez del lado de la selva. Los cosacos, terminado su servicio en el cordón, preparábanse á cenar en la cabaña. Sólo el viejo quedaba en la selva tirando de la cuerda á la cual estaba atada la pata del ave destinada á servir de reclamo al gavilán. Este permanecía en el árbol sin bajar á coger el pollo. Lukachka, sin impacientarse, preparaba lazos para los faisanes y se paseaba cantando una canción tras otra. Apesar de su elevada estatura y largos brazos, toda labor grande ó pequeña parecía fundirse en las manos de Lukachka.

—Eh, Luka! Los cosacos se han ido á cenar,—díjole desde no muy lejos del soto la voz aguda de Nazarka.

Y apareció en el sendero abriéndose paso á través de los espinos, llevando bajo el brazo un faisán vivo.

—Ah!—exclamó Lukachka cesando de cantar.—Dónde has cogido ese animal? En mi lazo probablemente.

Nazarka tenía la misma edad que Lukachka y también había entrado al servicio en la primavera. Era feo, delgado, huesudo, con una voz chillona que hería los oídos. Lukachka y él eran vecinos y compañeros. Lukachka sentado sobre la hierba, á la tártara, arreglaba las redes.